El pastor y las estrellas

Escribe: ELISA MUJICA

"Una filosofía de la vida" es el subtítulo del penúltimo libro de Eduardo Santa. (El último, con la tinta aún fresca se llama "Los espejos del tiempo"). Por tanto, a un comentario aunque superficial de "El pastor y las estrellas" corresponde desentenderse del paisaje —muy hermoso y ceñido a la narración como el guante a la piel— y hasta de la anécdota —la vida del pastor con Izcai, su bienamada— a fin de considerar la respuesta del autor a preguntas como estas: ¿Qué es el tiempo? ¿Qué la religión, la gloria, el poder, la sabiduría, el amor, la felicidad, el ideal? Y, por supuesto, a la más seria y conturbadora de todas: ¿Qué actitud se debe asumir ante la muerte?

Para empezar, y como se cae de su peso, no hay postura filosófica que no pueda adscribirse a una escuela conocida. La de "El pastor y las estrellas" cabe posiblemente entre los estoicos. Abenámar, trujamán de Eduardo Santa, busca la felicidad lo mismo que los demás mortales. Para él depende de seguir una estrella que no se deja alcanzar pero que siempre brilla. No todos, sin embargo, pueden entregarse como el pastor a una empresa alta y bella. El candidato requiere en primer término asegurar su armonía y plenitud, cualidades que dependen de su paz espiritual. La que a su vez no brota sino cuando se establecen entre nuestro mundo interior y el externo las más correctas relaciones a base de conocimiento y mutuo acuerdo. A fin de indagar en uno mismo la soledad es aconsejable. En cuanto al camino para apoderarnos de lo circundante, transita por las cuerdas del arpa interior, que han de templarse "de tal modo que todo sonido que llegue del mundo exterior pueda tener en ella una hermosa resonancia". Como en otra parte afirma Eduardo Santa que "sólo

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

tienen resonancia en nuestro espíritu las cosas que ya están en él", se desprende que el requisito del conocimiento no reside principalmente en el esfuerzo personal para obtenerlo sino más bien en la estricta y consecuente fidelidad a nosotros mismos.

En la visión de Abenámar los elementos de la tragedia no aparecen. Ni el crimen ni la desgracia perturban su sereno discurrir en pos del astro. Unicamente concede acto de presencia a un enemigo, ese sí temible, el tiempo. Para afrontarlo recibe un primer regalo de la estrella, justa retribución a una vida consagrada sin desmayo a un ideal. En la meditación se le revela que el tiempo no existe. No se justifica por lo tanto que nos inquiete. Son las mismas cosas condenadas al nacimiento y a la muerte las que solemos confundir con la unidad de medida. "La eternidad no es problema de tiempo sino de intensidad de nuestras vidas", afirma el pastor. Y, también: "Vivir con gran intensidad es una forma de desafiar y vencer los simbolismos del tiempo".

En el viaje que, impulsado por el deseo de averiguar lo que realmente representan ciertos valores, realiza Abenámar, tropieza primero con una Abadía, símbolo para él de la fe ciega. Allí los monjes se flagelan. Conceden excesiva importancia al rito. Labran las piedras y minian infolios. El pastor no distingue que gracias a las piedras se elevan las catedrales y que su pesadumbre es asimismo, a su modo soberbio, un canto. Ni que en las prodigiosas miniaturas habita el Arte con mayúscula, respuesta formidable del hombre a su circunstancia. En cambio percibe entre los monjes ecos de angustias y temores, procedentes según él del mal planteamiento de las relaciones entre su mundo interior y la naturaleza. Aquí me parecen Abenámar y Eduardo Santa, a fuerza de amar tanto la humanidad, a la que no cesan de predicar la expansión de los cinco sentidos y todo lo natural, precisamente bastante inhumanos. Un pensador de la antigüedad clásica produjo una frase que en síntesis es: si los gladiadores pueden dominar el dolor, ¿no podrá lograrlo la razón? Se trata de un interrogante que tal vez se ha formulado Eduardo Santa. Si fuera posible contestarlo afirmativamente, Job se convertiría en el prototipo del irracional por excelencia. A más de que el filósofo que se lo preguntó, después de alabar sin tasa el comportamiento del sabio dedicado a practicar los dictados de la razón, terminó por confesar que no había encontrado durante su vida una sola persona que mereciera ese título.

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

En el discurso con que, al despedirse de la Abadía, el pastor obsequia a los monjes, habría que reseñar sentencias que sí pueden ser faros en el camino y que ponen en evidencia cuanto hay de generoso, comunicativo y sensible en el autor de "El pastor y las estrellas". "La felicidad es apenas un estado de ánimo que logramos alcanzar cuando miramos las cosas a través del amor", dice. No se necesitaría sino incorporar al imprescindible dolor entre lo digno de ser amado —cuando es inevitable— para llegar a la fórmula cristiana.

De la Abadía y pasando por la Floresta, donde se refocila Abenámar, cuya auténtica religión es la naturaleza, pasa al Castillo, residencia de los amos, los dueños del Poder, a cuyos halagos no sucumbe. Aunque no lo menciona expresamente comparte los elogios a la existencia sencilla y retirada que escribió otro poeta con ribetes de estoico: "Qué descansada vida/ la del que huye del mundanal ruido...".

Salvo los contados casos de encuentros con seres afines, la reunión con los demás mortales no proporciona al pastor ni sosiego ni dicha. Por lo general sale decepcionado de tales entrevistas. Es que los hombres poseen concepciones diferentes y hablan lenguajes distintos y variados que ocasionan choques difíciles de soportar. En cambio las leyes de la naturaleza pueden entrar más fácilmente en un esquema inmutable y, por tanto, tranquilizador.

Para mí los mejores capítulos del libro se encuentran al final. En el que se titula "Por los caminos del pasado" Abenámar conversa con un ciego —el único dueño de la sabiduría— y vuelve a interrogarse sobre esa constante de su pensamiento, el tiempo, al cual se refiere también el título de su último libro. El hombre es el tiempo —concluye— porque también es la eternidad. El ciego explica al pastor que el lucero, aunque proyectado en las constelaciones, donde se halla de veras es en el corazón de su perseguidor. Al fin desciende de las alturas para juntarse con su enamorado y Abenámar muere. Fruto de las cualidades poéticas de Eduardo Santa es esta terminación simbólica y hermosa, pero hay algo mejor en "El pastor y las estrellas". Consiste en la sinceridad del autor. Su "filosofía de la vida" contiene las normas a las cuales él verdaderamente procura ceñirse. Como escritor, las modas literarias lo tienen sin cuidado. Parece repetir que aunque la Aldea y el Castillo le vuelvan las espal-

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

das, el caramillo del pastor no dejará de sonar. Por fortuna lo que sucede en la realidad es muy distinto a la experiencia de Abenámar cuando tocaba su música. La publicación de "El pastor y las estrellas" ha sido feliz como pocas. Ya agotada la primera edición, la segunda empieza a circular con gran éxito.

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.